

## LECTURA: CAPÍTULO 1-LAS COSAS QUE LLEVABAN

*Extracto de Las cosas que llevaban.*

El Teniente Jimmy Cross llevaba cartas de una chica llamada Martha, una estudiante de tercer año en la Universidad Monte Sebastián en Nueva Jersey. No eran cartas de amor, pero el teniente Cross tenía esperanzas, así que las guardó dobladas en plástico en el fondo de su mochila. Al final de la tarde, después de un día de marcha, cavaba su trinchera, se lavaba las manos bajo una cantimplora, desenvolvía las cartas, las sujetaba con la punta de los dedos, y pasaba la última hora de luz fingiendo. Imaginaba románticas acampadas en las Montañas Blancas en Nuevo Hampshire. A veces probaba las solapas de los sobres, sabiendo que su lengua había estado allí. Más que nada, quería que Martha lo amara como él la amaba, pero las cartas eran sobre todo charlatanas, sin mencionar el tema del amor. Ella se especializó en inglés en Mount Sebastian, y escribía maravillosamente sobre sus profesores y compañeros de habitación y los exámenes parciales, sobre su respeto por Chaucer y su gran afecto por Virginia Woolf. A menudo citaba líneas de poesía; nunca mencionaba la guerra, excepto para decir, "Jimmy, cuídate". Las cartas pesaban 10 onzas. Estaban firmadas "Con amor, Martha", pero el teniente Cross entendió que Con amor era sólo una forma de firmar y no significaba lo que a veces pretendía que significara. Al anochecer, devolvía cuidadosamente las cartas a su mochila. Lentamente, un poco distraído, se levantaba y se movía entre sus hombres, comprobando el perímetro, luego, al anochecer, volvía a su agujero y observaba la noche y se preguntaba si Martha era virgen.

Las cosas que llevaban estaban determinadas en gran medida por la necesidad. Entre las necesidades o casi necesidades eran abridores de latas P-38, navajas, etiquetas térmicas, relojes, placas de identificación, repelente de mosquitos, chicles, caramelos, cigarrillos, pastillas de sal, paquetes de Kool-Aid, encendedores, cerillas, costureros, certificados de pago militar, raciones C y dos o tres cantimploras de agua. En conjunto, estos artículos pesaban entre 15 y 20 libras, dependiendo de los hábitos de un hombre o la tasa de metabolismo. Henry Dobbins, que era un hombre grande, llevaba raciones extra; le gustaban especialmente los melocotones enlatados en almíbar espeso sobre el bizcocho. Dave Jensen, que practicaba la higiene de campo, llevaba un cepillo de dientes, hilo dental y varias barras de jabón como los de hotel que había robado en R&R en Sydney, Australia. Ted Lavender, que estaba asustado, llevaba tranquilizantes hasta que recibió un disparo en la cabeza a las afueras del pueblo de Than Khe a mediados de abril. Por necesidad, y porque era SOP, todos llevaban cascos de acero que pesaban 5 libras incluyendo el forro y la cubierta de camuflaje. Llevaban las chaquetas y pantalones de fatiga estándar. Muy pocos llevaban ropa interior. En

sus pies llevaban botas de selva—2.1 libras—y Dave Jensen llevaba tres pares de calcetines y una lata de talco para pies de Dr. Scholl's como precaución contra el pie de trinchera.

Norman Bowker llevaba un diario. Rat Kiley llevaba cómics. Kiowa, un devoto bautista, llevaba un Nuevo Testamento ilustrado que le había regalado su padre, que enseñaba en la escuela dominical de Oklahoma City, Oklahoma. Sin embargo, como protección contra los malos tiempos, Kiowa también llevaba la desconfianza de su abuela hacia el hombre blanco, la vieja hacha de caza de su abuelo.

La necesidad lo dicta. Como el terreno estaba minado y lleno de trampas, era habitual que cada hombre llevara un chaleco antibalas centrado en el acero y recubierto de nylon, que pesaba 6.7 libras, pero que en los días calurosos parecía mucho más pesado. Como se podía morir tan rápido, cada hombre llevaba al menos un gran vendaje compresivo, normalmente en la banda del casco para facilitar el acceso. Porque las noches eran frías, y porque los monzones eran húmedos, cada uno llevaba un poncho de plástico verde que podía servir de chubasquero o tienda de campaña improvisada. Con su forro acolchado, el poncho pesaba casi 2 libras, pero valía la pena cada una de las onzas. En abril, por ejemplo, cuando le dispararon a Ted Lavender, usaron su poncho para envolverlo, luego para llevarlo a través del arrozal, y luego subirlo al helicóptero que lo llevó....

Las cosas que llevaban estaban determinadas en cierta medida por la superstición. El teniente Cross llevaba su piedrita de la buena suerte. Dave Jensen llevaba una pata de conejo. Norman Bowker, por lo demás una persona muy amable, llevaba un pulgar que le había regalado Mitchell Sanders. El pulgar era marrón oscuro, gomoso al tacto, y pesaba 4 onzas como máximo. Había sido cortado de un cadáver del Viet Cong, un niño de quince o dieciséis años. Lo encontraron en el fondo de una acequia, muy quemado, con moscas en la boca y los ojos. El chico llevaba pantalones cortos negros y sandalias. En el momento de su muerte llevaba una bolsa de arroz, un rifle y tres cargadores de munición. Quieres mi opinión, dijo Mitchell Sanders, hay una clara moraleja aquí. Puso su mano en la muñeca del chico muerto. Se quedó callado durante un tiempo, como si contara un pulso, luego acarició el estómago, casi con cariño, y utilizó el hacha de caza de Kiowa para quitar el pulgar. Henry Dobbins preguntó cuál era la moraleja. Moraleja. Ya sabes. Moraleja. Sanders envolvió el pulgar en papel higiénico y se lo entregó a Norman Bowker. No había sangre. Sonriendo, dio una patada a la cabeza del niño, observó cómo se dispersaban las moscas y dijo: Es como con esa vieja serie de televisión: Paladín. Tiene un arma, viajará. Henry Dobbins lo pensó. Sí, bueno, dijo finalmente. No veo ninguna moraleja.

Llevaban artículos de papelería de la USO y lápices y bolígrafos. Llevaban Sterno, impermeables, bengalas, bengalas de señalización, carretes de alambre, cuchillas de afeitar, tabaco de mascar, palos de musgo liberados y estatuillas del sonriente Buda, velas, lápices de cera, copias de Las Barras y Estrellas, cortaúñas, folletos de Psy Ops, sombreros safari, bolos y mucho más. Dos veces a la semana, cuando llegaban los helicópteros de reabastecimiento, llevaban comida caliente en latas de marmita y grandes bolsas de lona llenas de cerveza helada y gaseosas. Llevaban agua en contenedores de plástico, cada uno con una capacidad de 2 galones. Mitchell Sanders llevaba un conjunto de pantalones de tigre almidonados para ocasiones especiales. Henry Dobbins llevaba el insecticida Black Flag. Dave Jensen llevaba sacos de arena vacíos que podrían llenarse por la noche para mejor protección. Lee Strunk llevaba loción bronceadora. Algunas cosas que llevaban en común. Por turnos, llevaban la gran radio codificadora PRC-77, que pesaba 30 libras con su batería. Compartieron el peso de la memoria. Asumieron lo que otros ya no podían soportar. A menudo, se cargaban unos a otros, los heridos o los débiles. Eran portadores de infecciones. Llevaban juegos de ajedrez, balones de baloncesto, diccionarios vietnamita-inglés, insignias de rango, Estrellas de Bronce y Corazones Púrpura, tarjetas de plástico impresas con el Código de Conducta. Eran portadores de enfermedades, entre ellas la malaria y la disentería. Llevaban piojos y tiña y sanguijuelas y algas del arrozal y diversas podredumbres y mohos. Llevaban la propia tierra—Vietnam, el lugar, el suelo—un polvo rojo anaranjado que cubría sus botas y fatigas y rostros. Llevaban el cielo. Todo el ambiente, lo llevaban, la humedad, los monzones, el apeste de los hongos y de la podredumbre, todo ello, cargaban con la gravedad. Se movían como mulas. Por el día recibían fuego de francotiradores, de noche eran atacados con mortero, pero no era una batalla, era sólo la interminable marcha, de pueblo a pueblo, sin propósito, nada ganado ni perdido.